

La alegría de la vendimia

(Vida y labor de la Mancha.)

EL campo es lo mejor de España, las huertas y los rosales, las albercas y los mirtos, las sementeras de surcos paralelos y los trigales dorados, trojes que encierran el milagro fragante del pan.

En las tierras españolas está el esfuerzo gozoso de la reja en los barbechos y el sudor fecundo de la siega estival, los anhelos de la sequía y las zozobras del granizo, las parvas abundantes y el cantar de los trillos, y, en septiembre, la más colorista de las labores del agro: el regocijo inefable de la vendimia otoñal.

Tan bella es la tarea, que tienta a los pintores y a los poetas de todas las épocas, desde el siglo XII, en que Juan Lorenzo de Astorga, contemporáneo de Berceo, admirador del «bon vino» curado en odres leonesas, escribe en su famoso *Poema de Alexandre*:

*Yva de los agraces faziendo uvas ueras:
Eston fazia Outonno sus órdenes primeras.
Setembrío trae varas, sacude las nogueras,
Apretava las cubas, podava las mimbreras,
Vendimiaba las vinnas con fuertes podaderas,
Non dexava los páxaros llegar a las figueras.*

Es que de todos los afanes del campo ninguno es tan jovial y jocundo como la vendimia: es una tarea grata y sonora, plena de cantares y de juegos, olorosa a racimos que estallan entre el albear de las sonrisas manchadas de mosto.

En los tiempos paganos, el acto de la vendimia alcanzaba honores de rito, y hasta el plantar la viña revestía caracteres sacros, según vemos en los viejos grabados. Al poeta le encanta la visión de las cepas, y exclama: